

VII

Las madrugadas.—Vida íntima.—La raza latina.
El café cantante.

NO obstante que ciertos jugadores de ajedrez me pegaban cada desvelada que era un contento, yo no abandonaba mi costumbre de levantarme ántes de salir la luz, y esa circunstancia, unida á mi manía de hablar y reir y armar jácara cuando entro en conversacion tirada con mi pluma, hacian mi vecindad realmente deliciosa.

Por otra parte, la servidumbre de la casa de Mad. Belloc era de negritas particulares, que con su ir y venir, y con sus risas y dengues, tenian en excitacion perpétua la bilis de Pancho, desesperaban á Alcalde, y á mí me llegaron á afectar los nervios.

Las negritas no penetraban, sino que asaltaban nuestros aposentos, pateando, golpeando y sacudiendo cuanto estaba

á su alcance, lo mismo un perchero que la cabeza de un hombre formal.

Las más serviciales hijas del hollín, habían compaginado un idioma propio que nadie comprendía, lo que daba lugar á escenas divertidas.

Habia dos excepciones en la servidumbre: una la constituía una jovencuela fresca y bien plantada, cuyo matrimonio aceleramos por vapor . . . porque no tranquilo su novio con la simple presencia de nuestra buena compañía, la sustrajo al establecimiento, y en los vivos aires, y sin pararse en pelo ni tamaño, la condujo al pié de los altares.

La otra excepcion era un José que no sabia mas que el inglés que le hablaban aquellos de quienes recibía una ligera gratificación. Mediante ese estímulo, hacia caravanas José y era como un dulce; cuando la pitanza no auxiliaba la palabra . . . entónces, á cualquiera demanda contestaba con un *I do not*, de reventarlo.

A las primeras horas de la mañana yo escribía mis apuntes; despues del desayuno leíamos periódicos.

Gomez del Palacio, inagotable en bondades con sus compañeros, se dedicó con Alcalde y conmigo á darnos algunas lecciones de inglés; pero es el caso que nosotros habíamos resuelto aprender el escabroso idioma de Milton y de Shakspeare, sin estudiar palabra y sin fijar en nada la atención.

Es un ángel Pancho; yo no comprendo cómo pudo tolerar á Joaquin y á mí sin rompernos una costilla por desaplícados y por brutos.

Leíamos periódicos, armábamos tertulia matutina, y me instalaba muy formal á dar leccion de español á una señorita y su mamá, que por uno de esos caprichos de mi destino,

no solo me creían buen maestro, sino edificante cristiano, porque es de advertir que en la parte francesa de Orleans, las *mochitas* abundan.

Terminada la leccion, que tenia muy agradables alegros de canto y piano . . . unas veces solo, y otras acompañado de Joaquin, me lanzaba á lo desconocido.

En el cuarto de los viejos de Grunewald contraí relacion con el Sr. Dr. D. Nicolás Cortés y Verdad, así le llamaré, quien me invitó á visitar su casa con caballerosa instancia y formalidad.

El sueño de oro de mi amigo Nicolás es la restitucion del Sur á su pasado esplendor, época que espera con la fé que un judío la vuelta del Mesías.

Nicolás es cubano, hizo su educacion en Paris, se desvía con osada independecia, lo mismo de sus paisanos que tienden la mano menesterosos á la proteccion americana, que de los que venden su autonomia á los españoles, por falsas promesas ó por concesiones que disculpan el egoismo ó la debilidad.

Nicolás es alto, moreno, de lindísimos ojos negros y de una palabra que se podría llamar tropical, por su pompa y colorido.

Un pequeño y bien cuidado jardín, una escogida librería, dos ó tres piezas con su alcoba, su comedor y un cuarto de consultas, es la casa de Nicolás, albeando de limpia, templo del estudio, cesto de flores y nido de aves canoras, que él mima y chiquea con la diligencia de una niña.

Cuida y mantiene en órden perfecto la casita de Nicolás, su madre, anciana de cabellos blancos, ojos ardientes y llenos de bondad, y una dentadura, envidia del marfil.

Acentúa agradablemente el cuadro, un gran perro pinto de Terranova, que como que comenta con sus caricias ó gruñidos las sábias conversaciones del amo.

Mi llegada fué un acontecimiento feliz: eran las once de la mañana, hora en que suspende sus visitas el doctor para continuarlas en la tarde.

El perro festejoso salió á hacerme los primeros cumplimientos, como dando á entender que su amo le habia hablado de mí.

Nicolás salió del portalito de la casa lleno de enredaderas, tendiéndome la mano, y la señora quedó como en el centro de un cuadro de yerbas y flores, á la entrada de la alegre habitacion.

—Almuerzas con nosotros: no desaires á mamá.

—Y como que sí.

La mamá aplaudió, y precedida del *Sultan*, era el nombre del perro, entró á dar sus órdenes, cuyos efectos hicieron patentes una botella de Jerez y dos copitas que nos pusieron delante.

Almorzamos alegremente: la señora supo sazonar con todas las pequeñas delicadezas de la mujer de nuestra raza, los manjares; y hubo aquello de:—Esto me figuré que le habia de agradar á vd.—Yo le dispuse.—No le ha de hacer á vd. daño.—Ahora, tomaremos por sus hijos.—Yo sueño con México Y otras finezas que, aunque uno tenga el corazon de piedra berroqueña, se da por entendido, y aunque sea de continuo amargo como la hiel, se vuelve de azúcar.

El café lo fuimos á saborear en el estudio, viendo flores, oyendo el canto de aves: el que no sabe libar café. . . . que

tome *thé*, ó si quiere, agua caliente; pero que no profane con tragos de gloton vulgar, la bebida del alma.

—Oh, y cuanto siento me dijo Nicolás (que ya he advertido que su pasion por la raza latina le hace injusto contra los progresos y las instituciones americanas), cuánto siento que nos hayas visitado en un momento de verdadera postracion: no visitas el Sur, visitas las ruinas del Sur.

En este Estado se cebó la desgracia; pero por fortuna tiene elementos inextinguibles de vida.

—Pues por lo que he leído y por lo que me aseguran personas entendidas, la regeneracion del Sur se verifica velozmente.

—No lo creas, Guillermo; en estos momentos, y por la abolicion de la esclavitud y otras circunstancias, el Estado de la Luisiana cuenta poco más ó ménos con 800,000 habitantes en una extension que basta para quintuplicar su número.

Tres cuartas partes de la poblacion están establecidas en las ciudades y solo una cuarta se dedica al trabajo agrícola. De aquí dos fenómenos: la miseria en los campos, y la escasez de la produccion en los pueblos. En todas partes el envilecimiento del trabajo.

La desaparicion, ó si se quiere la escandalosa depreciacion de la riqueza agrícola, hace que aunque se multipliquen las instituciones de crédito, como bancos, seguros, montepíos, etc., son realmente instituciones usurarias; los capitales cortos y en pocas manos, se convierten en elementos de extorsion.

De ahí las invasiones del capital extraño, y la falta de elementos de vida propia.

Las invasiones de que hablamos son de capitales de americanos del Norte, y alemanes, y ellos realmente tutorean y esclavizan la producción.

Podría contrabalancear esta tiranía la industria manufacturera; pero en la Luisiana no tiene formal importancia esa industria, y las leyes protectoras de ella en el Norte, son precisamente para hacerla imposible en el Sur, que es bajo este aspecto una colonia abyecta del Norte.

Los Estados del Norte, al hacerse dueños y señores del Sur, tenían que establecer en él fáciles mercados para ensanche y consumo de sus productos, y de ahí sus numerosos ferrocarriles, esa maquinaria poderosa que suprimía la distancia y como que procuraba interceptar, abolir los vínculos que había creado y cultivaba el Mississippi en todos los Estados del Sur.

La alucinación que aun en las personas más ilustradas producen las grandes empresas, la desaparición de la distancia, la supresión de los desiertos, la corriente de vida tendiéndose como nubes de oro sobre las altas montañas y la superficie de los lagos, dieron inmensa importancia á los caminos de fierro: se hablaba de ganancias fabulosas, se concedieron liberales primas, se despertaron á los gritos de la locomotora las ambiciones del Oeste y todo parecía concurrir sumiso al apogeo de los inmensos intereses del Norte.

Andando el tiempo, la baratura ficticia de los fletes del ferrocarril, encuentra serias competencias con la conducción por el Mississippi; el padre de las aguas recobra poco á poco su poderío, los capitales se ahuyentan al ver atravesar alegres las aguas á los vapores del río... y las huelgas del Norte vienen con sus horrores á dar un espantoso mentís á

esa política de usureros y de jugadores á la alza y baja del crédito, refaccionado con los embrollos de los arbitristas políticos.

Esa calculada depreciación de la tierra para conseguirla á cortos precios; esas combinaciones de tarifas, que no son sino organizaciones de explotaciones temerarias que reconocen como auxiliar la fuerza del gobierno; esa política que una vez estalló en explosiones sangrientas, tiene de renovar sus horrores... y no importa que en la superficie se proclamen derechos, se celebren alianzas y se juren amistades eternas: mientras las causas subsistan, han de reproducirse, más ó menos tarde, los mismos efectos.

—Pero dime, Nicolás, cómo la gente pensadora de la Luisiana no pone remedio á una situación tan violenta?

—Porque no encuentra cooperación: los ricos, que vivían en el ocio y de los negros, lloran sus pérdidas, pero repugnan el trabajo; á muchos, la debilidad los conduce á cierta relajación... muchos no vacilarían entre el hospicio y el taller.

Por otra parte, y por más que ame yo á la raza latina, la educación francesa cria hondas preocupaciones, preocupaciones indarraigables contra la raza negra... mientras el yankee adula al negro y lo explota, no por humanidad ni cristianismo, sino para ganar con él las elecciones.

La gran cuestión de esclavitud no fué para mí (y así lo tendrá que confesar la historia), mas que una grande especulación.

La operación consistía en vender los hombres del Norte á los del Sur, y después vestirse la túnica del Cristo para proclamar la redención del hombre, aboliendo la esclavitud.

Lincoln no entró en esta indigna cábala: quiso conceder plazos al Sur para los acomodamientos con sus esclavos, tuvo en mucho la futura situación del Sur, como hombre recto y honrado; pero las mismas circunstancias que había creado lo dominaron, y no tuvo más arbitrio que seguir el curso de la impetuosa corriente. . . .

—Entre las apuntaciones y las reticencias de mi relación, continuó mi amigo, habrás visto la causa de la decadencia de la Luisiana.

—¿Qué más, dije yo, que la pérdida de sus sembrados de algodón?

—Esa es una equivocación garrafal, me dijo mi amigo con ruda franqueza. La Luisiana produce poquísimos ó ningún algodón; pero este es natural depósito de los Estados limítrofes, y aquí se verificarían los mayores cambios del mundo, si no matara el tráfico el maldito sistema protector.

Los artículos de todos los mercados del mundo, aquí vendrían si se prestaran al cambio; pero heridos por los altos derechos, buscan otros mercados, y de ahí el fenómeno de que se prefieran en las Américas todos los efectos, quedando sin salida la producción americana, resultando males de mucha trascendencia.

Los espontáneos y riquísimos productos de la Luisiana, son el café y el azúcar.

El Norte hizo poderosos esfuerzos y trasladó el depósito de café á Nueva-York; lo mismo sucedió con los azúcares y con todo el comercio.

Antes de la guerra, era una delicia Nueva-Orleans.

El centro del gran comercio de Orleans era el barrio francés; los más opulentos capitales eran franceses, y franceses el

idioma de la culta sociedad, aunque en el mercado compitiesen los dos idiomas.

Los muebles, las modas, los teatros, guardaban reminiscencias de París, y los hijos más distinguidos del país, aun de padres americanos, recibían en París su educación y volvían á modificar con su influencia las costumbres de sus padres, simpatizando con la raza latina.

El viajero que en todo el Norte había admirado la hermosura, tenía deliciosas entrevistas con la gracia, encontrándola en las seductoras facciones de las hijas del país.

Después de la guerra, el idioma francés fué el idioma de la desesperación y de la queja; el barrio francés fué el de la miseria y los despojos, y el lado americano se desarrolló como si le hubieran servido de abono los desechos de la riqueza extinguida y los despojos que dejaban á su paso la orfandad y la desolación.

Al comercio francés se substituyó el comercio nacido del concubinato del alemán y el yankee, ó como si dijésemos, para hacer una fábula, la zorra y el lobo.

El tabaco, que era la explotación favorita de Orleans en el ramo de industria manufacturera, fué objeto de los cálculos del alemán; introdujo economías, perfeccionó procedimientos, se aprovechó cauto del contrabando, provocó las huelgas de los tabaqueros y logró al fin competir con el cubano, aunque éste le llevaba mil ventajas.

—Pues si tiene esas ventajas, ¿á qué debe su preponderancia el alemán?

—A lo siguiente: el cubano, como vdes., vive con el día; el alemán ahorra, y en el ahorro hace consistir el aumento de su riqueza.